VEREDICTO CULPABLE

E. Calatayud Urbano

VEREDICTO CULPABLE

Juicio a Dios

Primera edición: noviembre de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© E. Calatayud Urbano

© Edición: Adrián Naranjo (www.adriannaranjo.com)

ISBN: 979-13-87909-08-6

ISBN digital: 979-13-87909-09-3

Depósito legal: M-19962-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres Emilio y Laura

La idea del determinismo, que establece la necesidad
de los actos del hombre y rechaza la absurda leyenda
del libre albedrío, no anula en absoluto
la inteligencia ni la conciencia del hombre,
como tampoco la valoración de sus acciones.

Lenin

Prefacio 13
Capítulo I 17
Capítulo II 53
Capítulo III 77
Capítulo IV 119
Capítulo V 151
Capítulo VI 193
Capítulo VII 231
Capítulo VIII 255
Capítulo IX 287
Capítulo X 331
Capítulo XI 355
Capítulo XII 399
Capítulo XIII 417
Capítulo XIV 435
Capítulo XV 461
Capítulo XVI 499
Capítulo XVII 553
Capítulo XVIII 581
Capítulo XIX 607
Capítulo XX 639
Capítulo XXI 653
Capítulo XXII 663
Epílogo 687

Prefacio

Soy consciente de la dificultad de escribir acerca de unos hechos tan sangrientos y que, pese a haber transcurrido más de ochenta años, siguen vigentes en la nuestra sociedad. Son episodios delicados que pueden en algunos casos herir sensibilidades y que hay, por ello, que tratar con exquisito cuidado.

No hay que olvidar aquellos acontecimientos, ni lo acaecido después, en absoluto. Pero creo que es preciso verlos con objetividad y sin derramar pasiones, y menos odios y rencores.

Es lícito bucear en la memoria histórica, pero siempre con la verdad y siendo imparciales.

Tomemos las palabras de Napoleón cuando decía aquello de: «La historia no es más que un conjunto de mentiras, previamente acordadas».

Para poder comprender, o acercarnos a comprender qué ocurrió, por qué y cómo ocurrió, es necesario ser asépticos dentro de lo posible. No debemos dejarnos arrastrar por extremismos aberrantes, ni pretender borrar ni adaptar las acciones y las obras que han llenado las hojas de la historia de los últimos ochenta años. La verdad debe prevalecer por encima de nuestras ideologías.

Si pensamos en ello, ha sido un periodo interesante lleno de contradicciones. Denso en su contenido y vital en su desarrollo.

Es delicado explicar la dictadura. Pero no podemos borrar ese periodo sin comprender lo ocurrido y la evolución posterior. Ignorar sería la peor de las políticas. Es preferible estudiar y comprender, asimilar y aplicar. Condenar y asumir. Ha habido luces y sombras. ¿Pero qué periodo de la historia de España no las ha tenido?

Hablar en esta novela de la izquierda y de la derecha, con imparcialidad, es la mejor manera de quedar mal con todos. Igualmente hablar de la Iglesia, sacar a relucir aspectos contradictorios del Antiguo Testamento y discutir sobre Dios es una forma, aparente, de atacar a la Iglesia, aunque la realidad es discernir, descubrir, ver a través de la niebla, en busca de la verdad. Y si uno busca la verdad, es evidente que busca respuestas y busca, en esencia, a Dios.

He intentado, ignoro si con éxito, situarme en el centro de la esfera y ser equidistante de todos sus puntos. Aunque ello me parece más un juego de física cuántica que de plasticidad creativa. He querido narrar los hechos de la forma más aséptica posible. Y sin embargo, no puedo evadirme a la realidad de mis sentidos, mis emociones, mis inclinaciones y mis errores.

Ahí están los buenos propósitos. ¿Qué seríamos sin ellos? Mas en eso se quedan.

Lo único cierto es que la historia avanza, a pesar nuestro, y es ella la que se muestra como una beldad esquiva o una prostituta, que a todos sirve. Y que, pese a ello, es la guía para no repetir los errores, aunque mucho me temo que no servirá de nada, pues el hombre tiende a repetir, una y otra vez, las mismas equivocaciones. Pues, con qué frecuencia olvida el pasado, subido a esa cabalgadura de soberbia y orgullo que lo envanece en la creencia de saber más que nadie. Incluso que él mismo.

No es una novela sobre la guerra civil, ni una crítica política, ni siquiera costumbrista. Ni por supuesto, histórica.

¿Entonces qué es? Una lucha espiritual sería más acertada, ya que se antepone la idea de Dios a todo lo demás. Los hombres se pelean entre ellos, son culpables de sus errores y, sin embargo, es más fácil echar la culpa a los demás, y entre estos se incluye a Dios. Sé que nos metemos en la disyuntiva de si estamos sujetos al libre albedrío o de si, por el contrario, dependemos de un destino prefijado, donde todo está escrito de antemano y que, hagamos lo que hagamos, siempre se cumplirá. Podemos dilucidar sobre ello hasta la extenuación sin llegar a un consenso. Es tarea de cada uno de nosotros decidir en qué mundo vivimos. Creer o no creer. ¿Existe el destino o la casualidad? Es difícil obtener una respuesta.

Vierto ideas y comentarios, aventuro hipótesis, y también me permito enjuiciar ciertos actos cometidos en ese periodo. La ignorancia es atrevida, aunque, en este caso, pienso que ha sido más el deseo de comprender el porqué y el cómo que la osadía temeraria de un escritor perdido.

Al no ser una novela histórica, me veo con la libertad de explicar los acontecimientos de una forma más libre y me permito licencias que de otro modo serían imposibles.

Igualmente mi compromiso conmigo mismo es no ofender a la Iglesia, y mucho menos atacar los fundamentos de los católicos en su creencia para con Dios. Ojo, es necesario separar aquí dos aspectos. Uno, es la Iglesia con sus dogmas, normas, liturgia e idiosincrasia, y otra es Dios y cómo podemos verlo: a través de la Iglesia o sencillamente tener una visión personal e íntima de Él.

Creo que queda claro que tengo un profundo respeto por las creencias de cada uno, y también un respeto absoluto a Dios. No es, posiblemente, la idea que pueden tener la mayoría de los cristianos, en su aspecto más amplio, que los solo católicos. Y recuérdese con generosidad que católico significa universal.

En realidad, creo que todas las religiones llevan a la unidad, es decir, a un Dios, al que cada religión y cada individuo esculpen a su manera. Me refiero a las religiones monoteístas. Aunque tiendo a un sincretismo religioso que aúne todas las creencias, pues en el fondo todas se centran en encontrar una respuesta a las grandes incógnitas de la vida.

Por ello, me atrevo a afirmar que esta novela es esencialmente espiritual. Puede que siembre la duda en ocasiones, pero, créanme, la existencia de Dios no está en entredicho. Sí cómo pueda ser. Sí cómo lo han explicado o escenificado. Pero nunca su existencia.

Estoy hablando de un panteísmo ecléctico que le puede servir a cualquiera. Panteísmo que la Iglesia no reconoce, pues se aparta de su credo, tachándolo de agnóstico.

Asimismo, debo decir que todas las historias que aquí aparecen están basadas en hechos reales, aun cuando contengan elementos de ficción.

También afirmo que todas las historias de ficción contienen y se basan en hechos acaecidos. Toda ficción tiene parte de verdad, pues

todo lo que se piensa, se escribe o se dice sucede, ha sucedido o sucederá.

Se han cambiado identidades, se han acoplado fechas y lugares a conveniencia del desarrollo de los acontecimientos. En este puzle he colocado las piezas a mi conveniencia, pues mientras me dedicaba a escribir, estaba creando y me sentía como un dios menor, he manejado a los personajes con cierto despotismo, con total y absoluta libertad y a mi antojo. He tenido ese poder. No pido por ello la absolución, pero tampoco deseo ser quemado en la pira de la incomprensión y la herejía.

El más importante de estos hechos, eje central de esta novela, fue el juicio contra Dios y la declaración inapelable en su veredicto de culpable. Fue acusado de genocida y fusilado de forma simulada, lógicamente, con dos descargas de fusilería al cielo. Hechos sucedidos en Moscú en 1917, en plena revolución marxista, e instigados por Lunacharski y por Lenin. Este lamentable suceso fue posteriormente imitado en la España republicana con algún proceso similar, pero, aunque tuvo escasa o nula trascendencia, ello no otorga ni quita autoridad moral para su denuncia como un esperpento sin razón de ser.

Finalmente, cualquier error, cualquier desacato, cualquier hipótesis, cualquier absurdidad vertida aquí y que haya salido de mi pluma y de mi imaginación, debo declarar y declaro que soy totalmente responsable. Esa obligación es consensual con el derecho de la libertad de pensamiento y de expresión.

E. Calatayud Urbano

Valencia, a finales del 2021

Capítulo I

La derrota tiene algo de positivo, no es definitiva.
La victoria, sin embargo, tiene algo negativo, no es definitiva.
José Saramago

Valencia, 18 de julio de 1936

El Convento de Santa Clara estaba siendo asaltado, en nombre de la República, por una turba de desalmados que lanzaban consignas revolucionarias que de seguro no entendían, pero que se limitaban a repetir como papagayos, provocando una auténtica conmoción. Habían dispuesto una hoguera en medio del patio del claustro, alimentada con todos aquellos elementos sacros, y en un atentado a la cultura y a la civilización, en un sinsentido. Las celdas eran registradas de una en una y violentadas, y a veces incluso violadas las monjas que, espantadas, salían de ellas. Los anarquistas, entre risas, les gritaban: «¡Vamos, salid, cucarachas!». Y eso parecían, pues corrían por los pasillos en un vano intento de huir, enfundadas en sus largas túnicas. La madre superiora, en razón a su edad y a que mostró una gran serenidad, fue respetada y no mancillada, aunque no pudo evitar el ser humillada. Acogió a todas sus pupilas, que se cobijaron bajo su brazo protector. Mostraba esa altivez y valentía que hace retroceder a los cobardes.

Habían corrido como la pólvora las noticias del golpe de Estado y las gentes salieron en un primer momento para expresar, de forma inconsciente, su alegría, unos por la República y otros por los golpistas. Ambas partes mirándose con odio. En un primer momento

de incertidumbre se acuarteló a las tropas, ante las dudas de quién era leal y quién no. Ello dejaba las calles en manos del gentío, que, al igual que en otras ciudades, exigió que se le dieran armas al pueblo, para defenderse de los enemigos de la República. El general González Carrasco vaciló en la insurrección lo mismo que el general Martínez Monje, que intentaba estar a bien con todos, hasta ver el rumbo de los acontecimientos tanto en Valencia como en el resto de la Península.

Mientras, los trabajadores portuarios anarquistas y de la CNT se agrupaban por las calles. El capitán Uribarri empezó a distribuir armas. Ante la indecisión de los altos mandos afines al alzamiento, las fuerzas leales tomaron el poder. El alzamiento había fracasado en la ciudad de Valencia, que permanecía fiel a la República.

Anselmo era el cura del convento y, por esas casualidades de la vida, había tenido que ausentarse por una urgencia, es decir, por un moribundo que reclamaba sus servicios, para no entrar desnudo y sí con su alma en paz en los confines del Dios Padre. Fue a la vuelta, a altas horas de la noche, envuelto en su sotana, cuando, asustado por los acontecimientos y los consejos, iba arañando la fachada de las casas, en un intento de pasar desapercibido. Las gentes de bien esperaban inquietas por el futuro inmediato, pegadas a la radio, aquellos pocos afortunados que la tuvieran. Los otros, los milicianos, los activistas y los delincuentes se lanzaron a un desenfreno sin igual y absurdo, que nula ganancia les podía deparar.

Ya tenía frente a sí el convento, solo tenía que cruzar la avenida. Dudó al ver las llamas que sobresalían del muro circundante y escuchar los gritos de socorro que se perdían en la noche. Fue en ese instante de duda, parado, indeciso entre si enfrentarse a la cruda realidad o huir, cuando una mano se posó en su hombro, asustándolo de tal manera que dio un respingo. El hombre, un desconocido, pues Anselmo no reconoció su rostro, le indicó que se metiera en su patio.

—Vamos, padre, no puede usted ir así por las calles. ¿No se ha enterado?

El sacerdote, conmocionado, se dejó hacer. Lo subió a su casa, sin hablar por las escaleras. El desconocido le pidió silencio. Cuando entraron y se cerró la puerta, le explicó.

—Las paredes oyen y no podemos fiarnos de nadie. Ande, padre, quítese la sotana y póngase algo de ropa. Busque algo ahí en el armario.

Ante la actitud indecisa del cura, el hombre le facilitó unos pantalones, una camisa y una chaqueta.

—Pruébesela.

Le quedaba algo grande, pero podía apañárselas.

—¿Qué va a hacer? —le preguntó.

Anselmo, que estaba trastornado por aquella situación extrema, se quedó mudo. El desconocido le dijo que lo mejor era que fuese a refugiarse.

—Vaya con los suyos, al arzobispado, quizás. Ahí enfrente —precisó— nada puede hacer.

Se fue, pero antes le preguntó su nombre. El desconocido se encogió de hombros.

—¿Qué más da mi nombre? Le he visto por el balcón y me he sentido en la obligación de ayudarlo. No tengo un motivo. No soy de los que asisten a misa de diario, ni los días de fiesta. Y apunte, padre, soy republicano. No todos somos iguales. Váyase, no puede quedarse aquí. Me gustaría, pero no es posible. Lo entiende, ¿verdad?

El sacerdote asintió, con un nudo en la garganta, y se abrazó al desconocido.

—Me llamo Anselmo —le dijo antes de irse.

—Y yo Miguel, padre.

Ya en la calle, se quedó de nuevo indeciso. Hasta él llegaban los gritos de las monjas y las risas de los asaltantes. También alcanzó a ver a algunos llevándose objetos de valor. Su primer impulso fue esconderse, se maldijo por ello, por su cobardía. Su deber era presentarse, dar la cara, no renegar de su condición. Pero también sabía que, si lo hacía, sería detenido, violentado y quizás asesinado. Por ello optó por lo más fácil. Se perdió por las calles que lo llevaban hasta la parte vieja de la ciudad, donde antaño estuvo la judería, en tiempo de los mal llamados Reyes Católicos. Rodeó las Torres de Quart, justo detrás las calles se volvían más estrechas y oscuras. Atravesó una plaza, no sabía dónde estaba, perdido en el dédalo de las callejuelas. Llegó hasta el Mercado Central, cruzó bordeando la Lonja, para encontrarse en

una pequeña plaza; de una de las casas, donde aparecían los portones abiertos, de su interior salía una algarabía de risas y gritos. Se apartó cruzando por la acera de enfrente.

Fue unos metros más adelante, frente a una casa abandonada y medio en ruinas, donde escuchó una demanda de auxilio, sofocada apenas, y una carcajada que le pareció obscena. Se alejó, se paró, dudando, y los gritos volvieron a brotar, suplicantes. Entonces hizo lo que no debía, lo que la razón le gritaba en su cabeza que era un error. Se volvió cuando su cabeza le decía: «¡Corre!». Entró a tientas en las ruinas de la casa, apenas iluminada por los faroles vacilantes de la calle y la luna que asomaba brillante, majestuosa, indiferente a todo cuanto pasaba ante sus ojos cansados, ya viejos de tanto ver. Ello le permitió descubrir a un hombre montado a horcajadas sobre una mujer. No era difícil adivinar lo que ocurría. Se acercó por detrás cuidando de no hacer ruido, cuando estaba a nada del hombre, cogió un ladrillo, con restos de cemento, y lo golpeó en la cabeza, en el preciso momento en que el giraba la cabeza al haber presentido algo extraño. Por ello, el golpe le alcanzó a la altura de la sien. Emitió un grito de dolor y sorpresa, y cayó sobre la mujer, con la cara ensangrentada.

Su carácter, de común independiente, egoísta, alejado de su papel de cura, se interpuso entre su idea de ayudar y su deseo de huir. Por una vez fue valiente y generoso. Se preguntó: «¿Por qué?». Pues igual que el desconocido que un rato antes lo ayudó y le prestó ropa, sin pedir nada a cambio, «solo porque siento que debo hacerlo». Y por eso lo hizo. El hombre, aunque sangraba, no perdió el sentido del todo, al verlo moverse, presa de miedo, lo volvió a golpear, y esta vez sí quedó inmóvil. No sabiendo cómo reaccionar, agitado, comenzó a murmurar.

—¡Lo he matado!

La mujer, al percatarse de la situación, apartó el pesado fardo del hombre, no sin dificultad; luego se levantó y se arregló la ropa lo mejor que pudo. Tras cerciorarse de que su violador estaba vivo, aunque inconsciente, le dio una patada sin excesiva convicción y arrastró a su salvador lejos de allí.

Al cabo de un rato, creyéndose lejos, se pararon jadeantes. Entonces se dio cuenta de que la mujer llevaba un hábito de monja, aunque este apareciera sucio y desgarrado.